

SIMBOLOGÍA E ICONOGRAFÍA RELIGIOSA MEDIEVAL CRISTIANO-MUSULMANA

José María López Lacárcel

Desde tiempos remotos el hombre ha sentido la necesidad de comunicarse y, con el paso del tiempo, este método ha ido evolucionando hasta el punto de crear una forma variada y compleja. Este código, la lengua, le permite establecer relaciones con los demás individuos de su misma especie como ningún otro género animal puede hacerlo. Según Marvin Harris *“el lenguaje humano es el único que posee universalidad semántica, es decir, la capacidad de producir un número ilimitado de mensajes nuevos sin perder eficacia informativa”*

Los grandes pensadores que definieron la naturaleza del hombre como animal racional expresaban un imperativo moral fundamental dándole al ser humano la capacidad de atribuir significado a todo y aportando la definición de animal simbólico que le da al hombre el camino de la civilización y, con ello, la de realizar y comprender tanto el lenguaje verbal de las palabras como el no verbal de los signos y los símbolos.

Signo y Símbolo

El signo es una unidad capaz de transmitir contenidos representativos, es decir, es un objeto material, llamado significante y que en el proceso comunicativo es portador de una información llamada significado. En el signo, el significado es preciso, por ejemplo el sustantivo “araña” en el sistema de signos que configuran el idioma castellano, representa un animal concreto, así como los sustantivos “*spider*”, “*araignée*” o “*ragno*” designan respectivamente en inglés, francés e italiano, al animal de ocho patas que todos conocemos. Cuando un signo no sólo informa de un significado, sino que además evoca valores y sentimientos, representando ideas abstractas de una manera metafórica o alegórica, se conoce como símbolo.

Veamos el ejemplo anterior, la araña, ha sido representada visualmente en casi todas las culturas, como la mesopotámica, la egipcia y la maya. Simboliza la creación y la vida, por su capacidad para formar hilos a partir de su propio cuerpo, pero también ha simbolizado la muerte y la guerra por su aptitud cazadora y lo letal de su veneno.

En las religiones se utilizan símbolos que evocan en sus seguidores los valores y creencias propios de cada una de ellas, por ejemplo la luna creciente simboliza al

islamismo; la cruz es el símbolo de los cristianos y la estrella de David representa a la religión hebrea.

Al ser polisémica la palabra “símbolo” tiene una asombrosa variedad de significados según se trata de la lingüística, la semiótica, la antropología, la filosofía o la psicología, volviéndose más compleja de acuerdo al sentido que le dan una u otra tendencia disciplinaria y según la época y el contexto al que se incorpora. Charles S. Peirce en su obra *“El icono, el índice y el símbolo”* expone que la palabra símbolo tiene tantos significados que sería dañar al lenguaje agregarle otro nuevo.

La simbología religioso-cultural cristiana y musulmana en el Medievo

La cultura o mundo medieval tiene una vertiente eminentemente simbólica como en casi ninguna otra época de la historia. Este lenguaje de símbolos abarca todos y cada uno de los aspectos de la vida del hombre desde la etimología hasta la liturgia. Le Goff afirma que ese pensamiento simbólico no era más que la forma elaborada del pensamiento mágico del que estaba imbuida la mentalidad común. Así, los símbolos harían referencia a una realidad superior, escondida y sagrada con la que había que contactar. Dominando el lenguaje simbólico se rendía pleitesía a un ser superior, en este caso, a Dios. El código para enlazar con Él, la forma de ser reconocidos por Él, era dominar los signos. Además el cristianismo y el Islam hacen que el fenómeno simbólico, con toda la indefinición que tiene este concepto, pueda llegar a gozar de unos criterios claros, y por lo tanto, homogéneos y universales, dado que la fe cristiana e islámica son indisociables con la cultura y la vida medieval.

Habría que empezar con una generalidad que luego convendría matizar: el simbolismo animal refleja la mentalidad medieval hacia los animales, pero también hacia los hombres porque lo más interesante de ese simbolismo sería subrayar el aspecto de la asociación entre ambos, en buena parte dominado por el miedo y los sentimientos de culpa, pero también por el control no definitivo del hombre medieval sobre la naturaleza. El simbolismo animal nos revela la actitud medieval ante la ciencia. Los aspectos científicos del animal importan poco, pero, eso sí, reales o ficticios sirven, como en ninguna otra época histórica, para enseñar y moralizar. La simbología tendrá, pues, una clara preeminencia sobre la ciencia y, a través de ella, se va formando la mentalidad del hombre medieval y revelando la concepción de la vida en estos siglos. Así, el hombre de esta época no distingue, o no quiere distinguir, entre lo visible y lo invisible, o dicho de otra manera, entre lo real y lo ficticio. Dominado en extremo por

una concepción religiosa del mundo, sabe que el componente clave de aquella creencia es la fe, es decir, aquello que no se ve, pero que, sin embargo, existe. Ver no es necesario para creer y esto se demuestra en la tendencia verdaderamente irremediable, o el interés que demuestra el hombre medieval, por los animales fantásticos y monstruosos, que no se ven, pero que, a buen seguro existen, o al menos, existe lo que simbolizan. Y seguimos remitiéndonos a lo dicho con anterioridad: el mundo real es un reflejo del mundo divino, los símbolos son la clave para interpretar aquel, al que no se llega con facilidad.

Los animales en las culturas occidentales y orientales tienen una significación tan dispar que, animales considerados maléficos o negativos en Occidente, resultan ser lo contrario en las culturas orientales. La serpiente, en Oriente, es símbolo de vida; el mono resulta, para los chinos, indios y japoneses, símbolo de sabiduría y protección, así como de felicidad y larga vida. En las culturas occidentales, el mono es considerado un monstruo de maldad.

Otros animales son símbolos universales que ejemplifica la diligencia de los europeos. Ahora bien, los animales portan su valoración. No es



en las culturas. Son, pues, los hindúes. La abeja como a musulmanes y a judíos. Hay que notar que buena parte de la información contenida en los Bestiarios y

buena parte de esa información procede de fuentes grecorromanas aunque siempre existen animales, caso del lobo, que empeoraron su reputación con el tiempo. En la antigüedad el lobo era símbolo de valor, pero, en los siglos medievales, exceptuando la opinión de san Francisco, el lobo es la encarnación del mal.

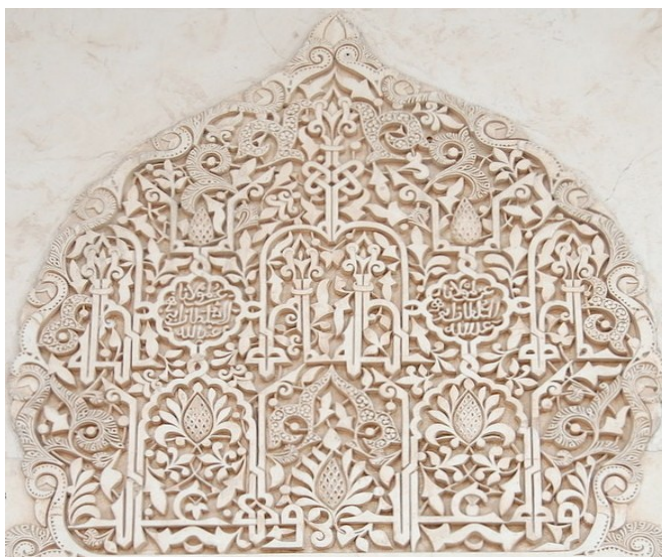
En la escatología musulmana el Paraíso se concibe como la morada definitiva de las almas de los bienaventurados, un lugar de deleite y descanso eterno reservado para los justos en compensación de sus buenas acciones terrenales. Creado a imagen y semejanza del paraíso primigenio habitado por Adán, se ubica en el Cielo, en el lugar donde se encuentra Dios y su trono. Para referirse a este lugar el Corán emplea la palabra árabe *Djanna*. El Paraíso, compendio de todos los placeres a los que el hombre puede aspirar se representa tradicionalmente como un frondoso jardín recorrido por ríos y arroyos de aguas limpias, plagado de fuentes, en el que crecen flores aromáticas, así como toda clase de árboles que proporcionan prolongada y permanente sombra,

rebotante de deliciosos frutos de toda estación carentes de espinas, que se inclinan hasta el suelo y pueden ser siempre alcanzados sin dificultad, asegurando la subsistencia de sus moradores. Ofrece así una noción antitética del paisaje desértico predominante en la Península Arábiga, cuna de la civilización musulmana. Para los habitantes de este territorio, a menudo privados de alimento y agua, conviviendo con un clima de gran dureza, la descripción de estos goces ultraterrenos equivaldría al cumplimiento de sus sueños insatisfechos.

En el Paraíso se localiza el gran árbol de la felicidad, al que se denomina *Tuba*, “árbol de la alegría y del deleite”, el cual se identifica con el *Hom*, “el árbol de la vida o de la inmortalidad”, que se concibe bajo diferentes aspectos, pero respetando siempre el tradicional eje de simetría y cuya concepción se remonta a la mitología oriental:

“Tuba es para quien me ha visto y me ha sido fiel, y lo es también para quien me es fiel sin haberme visto”. En esto que le preguntó un hombre: “Pero, ¿qué es Tuba ¡oh!, Enviado de Dios?”, respondiéndole el Profeta: “Un árbol que hay en el Paraíso llamado Tuba, a cuya sombra marcha el jinete durante cien años sin lograr salir de ella. Sus guijarros son rubíes rojos, su tierra almizcle blanco, su limo ámbar gris, sus dunas alcanfor amarillo, su tronco un berilo verde, sus ramas brocado de seda fina y seda gruesa recamada en oro, sus flores prados dorados, sus hojas frescas y verdes, su barro mantos de oro, su resina jengibre, sus ramas azafrán, las cortezas arden sin leña. De su raíz fluyen los ríos al-Salsabil, al-Ma’in y al-Rahiq y a su sombra se halla la asamblea y el lugar de reunión de la gente del Paraíso.”

En el Génesis (II, 9) se mencionan especialmente el Árbol de la Vida y el de la Ciencia del Bien y del Mal entre todos los demás árboles del Paraíso. Según parece,



... babilónicas y el relato del Génesis, y los libros sagrados de los iraníes, no solo de la vida, sino otras tradiciones sobre el árbol cuya sabia evita la muerte. El ser depende del fruto de un árbol. Por tanto, de los más antiguos y se tomaron de los pueblos caldeos.

... eros siglos, el Árbol aparece repleto, de acuerdo con las palabras de san Juan, *“... la de Dios, es también el Árbol de la*

Vida, en el cual debemos ser injertados; y por don de Dios, la muerte del Salvador se

convierte en Árbol de la Vida”. Por ello, la Cruz es frecuentemente representada en la iconografía cristiana como un Árbol de la Vida, pues supone la destrucción de la muerte. Además, el brazo vertical de la Cruz y el Árbol de la Vida son ejes del universo que vinculan el infierno, la tierra y el cielo.



A lo largo de la Edad Media y por toda Europa se desarrolló un corpus considerable de leyendas sobre el leño de la Cruz. En estas leyendas está presente la idea de que la madera de la Cruz es el Árbol de la Vida de Génesis. Estas leyendas tienen su origen en la Vida de Nicodemo y en la Vida de Adán y Eva en el Nuevo Testamento.

Otros árboles más mundanos aportan a la iconografía de los jardines se dieron desde tiempos remotísimos, desde los jardines babilónicos hasta los del Renacimiento. Los huertos árabes, en especial los de la Península Ibérica, sorprendieron a los viajeros medievales venidos del norte que tuvieron la ocasión de contemplarlos. La palmera ya era algo inherente a un paisaje paradisíaco.

No hay que desdeñar la simbología religiosa de la palmera en relación con el uso de las palmas el Domingo de Ramos para conmemorar la entrada de Jesús en Jerusalén. Como resultado de la herencia judía, se utilizan en la festividad cristiana que marca el fin de la cuaresma y el comienzo de la Semana Santa. Las ramas de palmera bendecidas se colocan en las puertas, ventanas y balcones, para evitar la entrada del demonio en la vivienda, pero su efecto sólo dura hasta la Semana Santa del año siguiente que se sustituye por nuevas palmas, como premio a quien se mantuviera en la fe y continuaba guardando los preceptos. Una vez sustituida, la anterior que había sido santificada no

debía ser desechada como residuo doméstico, sino que se consumía en el fuego purificador tras luchar un año entero contra los poderes de las tinieblas. La palmera, en simbología cristiana representa el triunfo en la defensa de la fe. De hecho, a los mártires se les representa con una hoja de palma como signo de su triunfo sobre la muerte.

El pueblo musulmán, conocedor de los rigores del desierto, no puede por menos que maravillarse ante las palmeras. El Corán hablando de la omnipotencia de Dios exclama: *“Y Él es quien ha hecho bajar agua del cielo. Gracias a Él, con el agua hemos obtenido toda clase de plantas y follajes, del que sacamos granos arracimados. Y de las vainas de la palmera, racimos de dátiles a nuestro alcance”*.

De acuerdo con el Corán existe una estrecha vinculación entre el Agua y la Creación, este libro sagrado nos dice que la vida misma proviene del Agua, esta relación se encuentra bien expresada en los siguientes versos coránicos: *“Él es quien ha creado del agua un ser humano, haciendo de él el parentesco por consanguinidad o por afinidad. Tu Señor es omnipotente.”* Versos que expresan tanto el poder creador de Allah como el papel mediador del Agua en el proceso de la creación.

La ausencia de agua en el desierto en buena parte del mundo islámico, hace que esta adquiera una importancia central y sea un elemento muy apreciado en cualquier lugar en el que se le pudiese encontrar. Dentro de la terminología del simbolismo religioso el agua ha sido asociada con el Paraíso. El agua es utilizada como metáfora de abundancia, paz y seguridad. Una creencia confirmada en el Corán en donde encontramos: *“Los temerosos de Dios estarán entre jardines y fuentes. ¡Entrad en ellos, en paz, seguros!”* En la mayoría de las religiones el agua es sinónimo de purificación, considerándola capaz de limpiar los pecados y aliviar las tribulaciones, esta concepción está presente en el Judaísmo, Hinduismo y Catolicismo. En el Islam el ritual de la ablución que precede a las oraciones obligatorias es un reflejo claro de esta cualidad purificadora.

Hispania había desarrollado un sistema hidráulico, producto de la dominación romana, el elemento principal de este sistema era el acueducto. Durante la Edad Media los musulmanes introdujeron nuevos conceptos de ingeniería acuífera traídos del Medio Oriente y de Persia. Uno de estos métodos adoptados era el *qanat* o canales subterráneos, contruidos con el objeto de extraer el agua-lluvia acumulada en las capas freáticas. Estos qanat funcionaban a través de una serie de pozos a diferente profundidad. Cuando el nivel del agua alcanzaba la altura adecuada era conducida a un depósito y luego distribuida a través de acequias. La España medieval heredó también

de la ingeniería islámica la noria o rueda de agua persa, cuya función era la extracción y elevación del nivel del agua. Esta fusión de ingeniería romana e islámica en al-Ándalus, dio como resultado una serie de procedimientos de regadíos que fueron llevados por los españoles a las colonias del Nuevo Mundo.

El deseo de controlar el poder del agua condujo al desarrollo de un sistema hidráulico que transformaría el panorama de al-Ándalus, creando un amplio sistema de irrigación en los palacios, almunias y alcazabas de las ciudades. Obviamente que el mensaje detrás de todo esto era enfatizar la capacidad del gobernante de proveer el recurso elemental de la vida.

La iconografía como elemento identificador

Analizamos la iconografía intentando con la iconología descifrar el significado de las diferentes imágenes desde el origen de las mismas entre lo alegórico y simbólico. Así, tenemos la Estrella Tartésica, que es una estrella de ocho puntas, resultado de la superposición de dos cuadrados concéntricos, uno de los cuales ha sido girado 45 grados. También conocida como estrella de Abderramán I, primer califa de al-Ándalus quien la popularizó por todo el mundo medieval. La estrella tiene su origen en la mitología y la religiosidad de las antiguas civilizaciones mediterráneas, pues aparece en casi todas, aunque los ejemplos más antiguos se hallan en el Cercano Oriente.

Durante los siglos de ocupación musulmana en al-Ándalus se acuñan las primeras monedas con la estrella tartésica como símbolo político y elemento decorativo. Pero fue en el reino nazarí de Granada donde alcanza su máximo esplendor pasando a la decoración de edificios, grabados y joyería. Los mozárabes y mudéjares llevaron la estrella por todo el norte de la Península Ibérica y los musulmanes y moriscos la difundieron por el Magreb y el Oriente Medio. Actualmente puede verse en numerosos monumentos españoles, como en la Alhambra.

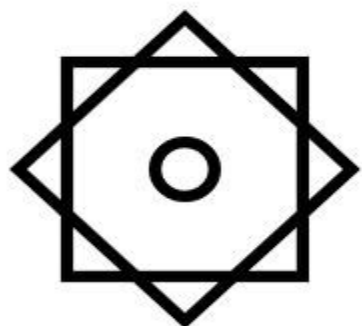
Otro símbolo lo encontramos en la *Rub al-hizb*, otra estrella de ocho puntas que se usa en el Corán para indicar el fin de una *sura* o capítulo. En árabe, *rub* significa "cuarta" e *hizb* "parte" o "partido", por lo que vendría a significar "cuarta parte". Parece ser que es una representación del paraíso, que según la creencia islámica está rodeado por ocho montañas. Algunos estados islámicos la usan en sus símbolos nacionales. Fue el emblema de la bandera de Marruecos entre 1258-1659 y de la efímera República de Hatay.

Si bien la luna, su reflejo de la luz, su movimiento y su influencia son mencionados en el Corán como signo del poder de Dios, la media luna no es un símbolo profético u originario del Islam. No obstante, el Islam se identifica con un símbolo histórico: la media luna con la estrella,

también llamado *hلال* o creciente islámico. Un simbolismo que refleja una de las formas más



características de los movimientos de la luna: el cambio y el retorno de las formas. Los teólogos musulmanes afirman que la media luna abierta y cerrada, es a la vez expansión y concentración. El trazo, a punto de cerrarse sobre sí mismo, separa y deja ver una abertura. De igual manera, el hombre no está aprisionado en la perfección del plan divino. El signo de la media luna aparece sobre



todo como emblema de la resurrección. Parece cerrarse, estrangularse, pero he ahí que en un punto se abre sobre el espacio libre, sin límites. Así la muerte parece cerrarse sobre el hombre, pero éste renace a otra dimensión infinita. Se pone por consiguiente el signo de la media luna sobre las tumbas.

La media luna se convirtió, a partir de la Edad Media, en el símbolo de la mayor parte de los países islámicos. Sorprendentemente, el símbolo no es musulmán de origen. Más bien, fue un icono politeísta adoptado durante la propagación del Islam, y su uso hoy en día es a veces polémico entre el mundo árabe.

La información sobre sus orígenes es difícil de determinar, pero la mayoría de las fuentes coinciden en que estos antiguos símbolos astrales estaban en uso por los pueblos de Asia Central y Siberia, en su culto al sol, la luna y los dioses celestiales. También hay informes de que la luna creciente y la estrella se utilizaban para representar a la diosa cartaginesa Tanit o a la Diana romana.

La ciudad de Bizancio (más tarde conocida como Constantinopla y Estambul) adoptó la luna creciente como su símbolo. Según algunas teorías, indican que se remonta a una batalla en la que los romanos vencieron a los godos en el primer día del mes lunar. En cualquier caso, la media luna fue representada en la bandera de la ciudad incluso antes del nacimiento de Cristo. Durante cientos de años, el Imperio Otomano gobernó el mundo musulmán. Después de siglos de batalla con la Europa cristiana, es comprensible que los símbolos de este imperio se vincularon en la mente de la gente que profesaba la fe islamita. Durante el tiempo del profeta Mahoma, los ejércitos islámicos y caravanas utilizaban banderas de color sólido (generalmente negro, verde o blanco) para fines de identificación. Se especula que los cinco puntos de la estrella representan los cinco pilares del Islam: Testimonio de la fe (*Kalima*), Oración (*Salat*), la Limosna (*Zakat*), el Ayuno (*Sawm*) y la Peregrinación (*Hayy*).



La Mano de Fátima o *khamisa* es otro de los símbolos iconográficos a estudiar. Consiste en la representación plana de una mano abierta, con los dedos extendidos. Suele estar constituida por un diseño estilizado, en el que el dedo corazón actúa como eje de simetría, resultando casi siempre imposible determinar si se trata de la extremidad derecha o izquierda.

No existen evidencias textuales o fuentes escritas para el origen de la mano de Fátima. No obstante, la mención a la sacralidad de la mano o de las manos aparece reflejada en varios pasajes del Corán.

La sura 67:1 dice: “¡Bendito sea Aquel en cuya mano está el señorío! Él, sobre toda cosa, es poderoso”. En las suras 69:25 y 84:7 se identifica la mano izquierda con el mal y la derecha con el bien, respectivamente. Igualmente en las suras 23:88, 36:83 y 57:29 las manos se ponen en conexión con la imagen de la soberanía divina.

Algunos relatos populares carentes de legitimidad religiosa ponen en relación la mano-amuleto con un gesto del propio Mahoma. Un día, los discípulos del Profeta, se quejaron a su maestro de la supresión de las imágenes y entonces este, por toda respuesta, habría metido en tinta los cinco dedos de su mano y los habría impreso sobre una hoja de papel, mostrándolos a sus seguidores. Otra leyenda cuenta que una noche la hija del Profeta estaba preparando la cena cuando su esposo Alí regresó a casa acompañado por una concubina. Al verla, Fátima, celosa, regresó a la cocina irritada y metió la mano en la pasta hirviendo que estaba cocinando, continuando su elaboración con la mano desnuda. Su pena era tan grande que no sentía la quemazón. Desde entonces en el Islam, la mano de Fátima llegó a ser símbolo de entereza y lealtad, confiriendo suerte, abundancia y paciencia a quienes portaban o se encontraban bajo la protección de este símbolo.

Aunque se desconoce con precisión en qué momento concreto comenzó a utilizarse de forma sistemática, la espectacular expansión territorial protagonizada por el Islam fue determinante en la propagación de este símbolo, siendo introducido paulatinamente en todos aquellos territorios que, desde la Península Arábiga, fueron progresivamente incorporados al Dar al-Islam, incluida al-Ándalus, donde se documenta a partir de la época de las dinastías africanas. Asimismo, gracias a la permeabilidad cultural bajomedieval, su uso trascendió las fronteras políticas para ser asimilado también dentro del ámbito cristiano y judío en contacto con el Islam.

Si nos adentramos en la simbología medieval cristiana nos encontramos con el Crismón que es un tipo de cruz medieval; se trata de una ampliación de la de Constantino el Grande, quien fuera emperador de Roma entre el 306 y 337. Durante su mandato lo más importante que hizo fue detener la persecución de las primeras comunidades cristianas y proclamar el concilio de Milán en el 313. Con él finalizaron las persecuciones y las matanzas. Aunque no será hasta el año 380 cuando gracias al

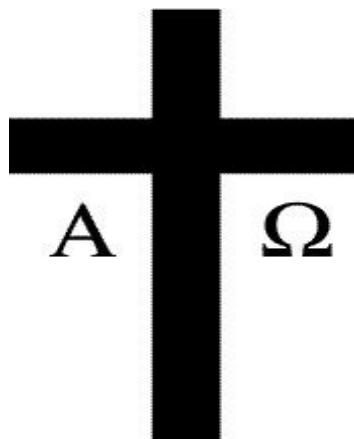
edicto de Tesalónica, promulgado por Teodosio, el cristianismo pasará a ser la religión oficial. La noche del 28 de octubre del 312, noche de antes de la batalla de puente Milvio contra Majencio tuvo un sueño, soñó con una X y una P, junto a la frase: *“In Hoc Signo vinces”* (con este signo vencerás). A la mañana siguiente retiró los viejos lábaros (estandartes del ejército romano) del águila imperial y ordenó que sus soldados los sustituyeran por el nuevo símbolo: el monograma de Cristo, basado en las dos primeras letras de Cristo en griego juntas; es decir la X (ji) y P (ro), abreviatura de XP (ISTOS), sobrepuestas de esta manera:

Pero pasan los años y este monograma evoluciona, y se le van añadiendo otros signos. En la época románica se le une la llamada Cruz de la Gloria Eterna, que es la siguiente:

Es una cruz, con las letras alfa en mayúscula y omega en minúscula, ya que en la Biblia, en Apocalipsis 22 versículo 13 aparece: *“Yo soy el alfa y la omega”*. En el alfabeto griego la letra alfa en mayúscula es la primera y la omega en minúscula la última. Cristo nos dice que Él es el alfa y la omega, ya que es el principio y el fin. En la época medieval, sobre todo en la Alta Edad Media, se unifican ambas cruces, y se amplían, dando origen a un nuevo modelo de crismón, cuya base es la X y la P, del monograma de Cristo, a izquierda aparece la alfa mayúscula y a la derecha la omega minúscula, como podemos ver a continuación:



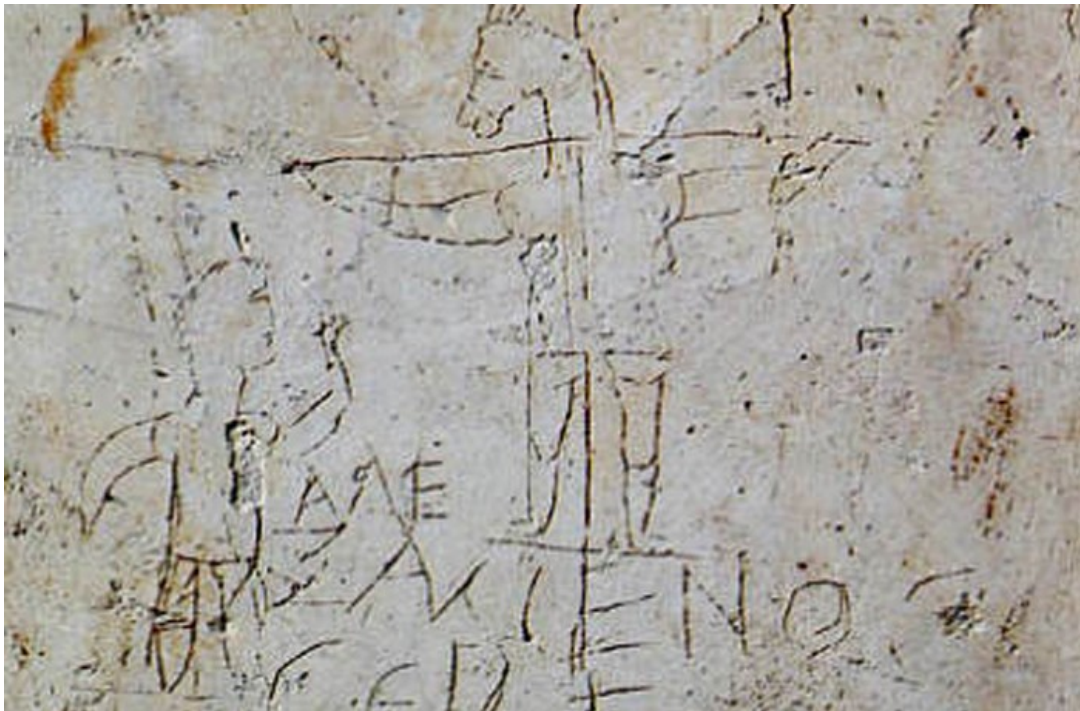
Hoy se considera también con los nombres de Cristo, está formado por un marco de entrada a la místicas, en cuyo interior



que el crismón, conocido anagrama o monograma de círculo que simboliza el inteligencia de las letras se encuentra el cosmos.

Dentro del círculo, la letra griega "*ro*", equivalente a nuestra erre, y representada por la P, simboliza al Padre; la letra griega "*ji*", representada por la X, y equivalente a nuestra jota, simboliza al Hijo, y junto con la P forma las iniciales de la palabra Cristo. Les acompañan las letras griegas Alfa y Omega (describen a Dios como principio y fin del mundo y de la historia), y la letra latina S, que tanta polémica ha creado, la cual sólo aparece en el crismón románico trinitario.

No se conservan vestigios del uso del ícono de la cruz durante los dos primeros siglos del cristianismo, pues representaba un método de tortura especialmente doloroso. No representaron gráficamente el instrumento de la Pasión de Jesús. El *Ictus* era el símbolo de los primeros cristianos, en especial durante épocas de persecución, para encubiertamente identificarse unos con otros. El pez y el ancla son antiguos símbolos que se observan, por ejemplo, en las monedas del emperador Quinto Trajano Decio. Sin embargo, existen evidencias del uso gráfico de la cruz, como es el caso del grafito de Alexámenos (denominado también como grafito del Palatino), considerado por muchos como la primera representación pictórica conocida de la crucifixión de Jesús.



En casi todas partes del mundo antiguo se han hallado varios objetos, que datan de períodos muy anteriores a la era cristiana, marcados con cruces de diferentes

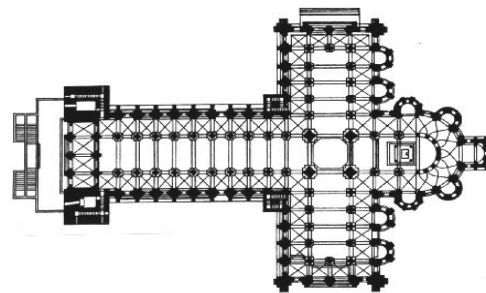
estilos. El uso de la cruz como símbolo religioso en tiempos anteriores al cristianismo y entre pueblos no cristianos probablemente pueda considerarse como casi universal, y en muchísimos casos estaba relacionado con alguna forma de adoración de la naturaleza. Es un hecho incuestionable, que en épocas muy anteriores al nacimiento de Cristo, y desde entonces en tierras no tocadas por las enseñanzas de la Iglesia, la Cruz ha sido usada como símbolo sagrado.

A la apreciación privada y devocional del valor de la cruz como símbolo se corresponde la extensión y abundancia de su representación, incluso en la era cristiana antigua. La fase supersticiosa del asunto está ejemplificada en el uso de la cruz sobre inscripciones en amuletos, tomando el amuleto misma forma de cruz. La señalización de paredes, puertas y objetos domésticos con una cruz puede en muchos casos atribuirse al mismo motivo. Sin embargo, la cruz aparece en su mayor parte como símbolo y expresión del cristianismo. Por tanto su uso aumenta con el progreso victorioso de la nueva religión en el mundo pagano desde el tiempo de Constantino el Grande. Los ornamentos se señalizan con ella, especialmente anillos, indumentaria y diversos utensilios como lámparas, cajas, peines y joyeros, al igual que sarcófagos y epitafios. El uso eclesiástico no se queda atrás del uso privado. La cruz se convierte en la señal externa y visible de los edificios eclesiásticos. Luego el Estado hizo que circulara en sus monedas por todos sus dominios.

Ciertamente en la Edad Media la cruz retrocede en la esfera del uso privado, pero avanza en todos los aspectos públicos de la Iglesia. Es el símbolo de la soberanía eclesiástica y del derecho de posesión; se usó en exceso de alguna forma u otra en relación con las funciones eclesiásticas --dedicación de altares, proclamación de indulgencias, procesiones--, con esplendidez se asoció con objetos devocionales y fue la señal más característica del entierro cristiano. Tomó parte en las ordalías, amonestaciones, en circunstancias indiferentes, pensamientos y actos religiosos. Se situó como cruceros en los caminos y se estampó junto a las firmas de clérigos y personas seculares. Quedó adoptada como planta de las iglesias (tanto la cruz griega como la latina). Igualmente las órdenes monásticas y militares y los gremios civiles, los señores espirituales y temporales, las municipalidades y las naciones la adoptaron como emblema. Se plasmó en banderas y armas. El ascetismo y el misticismo y la poesía religiosa centraron sus pensamientos en ella. Es al mismo tiempo el más simple y universal símbolo cristiano. Y en lo que respecta a la evidencia, no hubo distinción en ese aspecto entre el cristianismo oriental y el occidental.

También el color tiene cabida en este estudio. Se cree que cada uno de los cuatro colores conocidos con el nombre de panárabes: rojo, negro, blanco y verde, representa a alguno de los familiares del profeta Mahoma que ocuparon el poder a lo largo de la historia de la conquista islámica. Así, el blanco sería el color del estandarte de Qusay, antepasado de Mahoma, y se considera el color de los omeyas de Damasco y de los almohades. El rojo fue utilizado por el segundo sucesor y suegro de Mahoma, Omar, y posteriormente se identificó con la rama religiosa de los jarivitas, separados de la ortodoxia y predominantes en los estados del Golfo Pérsico. También ha sido siempre el color de los guardianes de La Meca: los hachemitas, actualmente la dinastía reinante en Jordania. Desde el siglo XII fue adoptado por los turcos otomanos. El negro es el color que cubre la Kaaba, la Piedra Negra objeto de veneración y peregrinación en La Meca.

Fue la insignia de la dinastía abasida y de los almorávides. El verde está considerado como el color propio del Profeta, por ser el de su



animar turbante, que agitaba en el combate para a los suyos, y es el que comúnmente se identifica con el Islam en su conjunto. En cualquier caso, las referencias al uso de colores son confusas y contradictorias, debido fundamentalmente al hecho de que la idea de identificar inequívocamente un Estado, un territorio, una dinastía o cualquier otra entidad mediante banderas, colores o distintivos de cualquier tipo es un concepto moderno que no estaba en mente de los musulmanes medievales. Por ello, no era extraño que un mismo ejército o *yund* pudiese marchar bajo estandartes de un color en un momento, y de distinta tonalidad en otra ocasión.

Para los cristianos medievales, el color tenía un significado que ha dejado huella en la liturgia y en la heráldica. A los cuatro elementos les corresponden cuatro colores: el azul al aire, el marrón a la tierra, el verde al agua y el rojo al fuego. Los colores negro, amarillo y violeta evocan el duelo y la penitencia. Durante esta época se produce

en Occidente la construcción cultural del amarillo como color de la traición, en competencia con el dorado brillante que era símbolo de la luz. El amarillo apagado es un falso dorado y acumula todas las connotaciones negativas. También la literatura viste de amarillo a los caballeros traidores como a Ganelón, del Cantar de Roldán. La iconografía muestra de amarillo a la figura de Judas durante la Baja Edad Media en una sociedad cada vez más represora.

El sentido de la simbología religiosa caballeresca

La influencia y particular relación que la Iglesia mantuvo con la institución caballeresca, tanto en lo militar como en lo político, constituyó un duro y largo proceso de depuración y maduración interna hasta poder presentarla e integrarla sin conflictos morales ni teologales ante su propia doctrina. Esta doctrina novotestamental de carácter pacifista estaba fuertemente consolidada, ya que se encontraba vigente desde los tiempos de la Iglesia primitiva e incluso perduró más allá de la caída del Imperio romano. La evidente imposibilidad de erradicar la guerra y, sobre todo, la conversión de Constantino (313 d.C.) obligaron a la Iglesia a justificar sus acciones bélicas, lo cual provocó un conflicto interno entre la corriente pacifista y la nueva, de carácter militante, que fue legitimada teológicamente por san Agustín. Éste basó su alegato en la tradición militar del Antiguo Testamento y en la influencia moral e intelectual que sobre él ejercieron san Ambrosio —obispo de Milán y uno de los primeros padres de la Iglesia, quien justificó plenamente la guerra y comenzó su proceso de cristianización— y Cicerón. San Agustín desarrolló el concepto de *bellum iustum* en su obra “*De civitate Dei*”, en la que autorizaba la guerra como recurso legal y moral *in extremis*, necesario para restaurar la justicia, y al mismo tiempo asumía la imposibilidad de la paz completa como una realidad inalcanzable: “*por consiguiente no violan este precepto, no matarás, los que por mandato de Dios declararon guerras, o representando la potestad pública, y obrando según el imperio de la justicia, castigaron a los facinerosos y perversos, quitándoles la vida*”.

El continuo asedio de fuerzas paganas acabó por decantar a la Iglesia hacia este cambio ideológico, máxime cuando se atacaba y saqueaba a Roma, emblema de la cristiandad, y era obvia la necesidad de una defensa puramente militar, por lo que Teodosio II cristianizó al ejército mediante un edicto que excluía de él a todos los soldados paganos.

Durante los siglos X y XI, los violentos enfrentamientos entre señores feudales resultaron endémicos en la vida de Europa y generaron un fuerte vacío de poder. Ya en el mismo siglo XI, los sucesivos papas recurrieron al concepto de guerra santa. León IX lo empleó para emprender sus campañas en defensa de los territorios de la Iglesia y Alejandro II lo aplicó a la Reconquista hispana. Las invasiones árabes del siglo XI fueron aprovechadas por la máxima autoridad eclesiástica para justificar y argumentar el posterior llamamiento a las Cruzadas. En línea con esta reforma moral de la clase guerrera, hacia 1090, el obispo Bonifacio de Sutri estableció el código del caballero cristiano en su "*Liber de vita cristiana*", donde exhorta al caballero a someterse a su señor, a renunciar al botín, a luchar por el bien de la *Res publica*, a pelear contra los herejes y a proteger a los pobres, las viudas y los huérfanos. En esta defensa de los débiles y de la fe cristiana se encuentra implícita la necesidad de preservar a la propia Iglesia y sus bienes materiales.

En



el

ámbito litúrgico, no sólo se aceptó el ritual de las armas, pues se bendijeron tropas, armamento y estandartes que marcharon a defender los Santos Lugares y a conquistar Jerusalén, sino además la Iglesia produjo sus "propias armas", cargadas de poder taumátúrgico y simbólico a un tiempo. Eran las llamadas espadas o montantes benditos. Las otorgaban los papas a los reyes o príncipes y, excepcionalmente, a grandes personajes políticos que encabezaban la lucha contra el infiel. El Papa, la noche de Navidad, antes de la primera misa en la sacristía pontificia de San Pedro, junto con todos los cardenales revestidos, bendecía la espada y el capacete o morrión. Pedía a Dios, mediante la intercesión de san Pedro y san Pablo, fortaleza (espada) y defensa (capacete), y conservaba ambos sobre el altar hasta que se celebraba la misa mayor.

La espada es un atributo personal y cualificador al que sólo tenían acceso los hombres libres que ostentaban algún tipo de poder público o pertenecían al ámbito militar. En el Medievo, la espada es el emblema de la función caballeresca como la

corona lo es de la función real. Éste será el contenido simbólico asimilado por la iconografía religiosa para los santos caballeros. La función caballeresca se expresa y ordena claramente en dos ámbitos: el religioso primero y el civil después. Es el simbolismo religioso que fielmente le atribuye Ramón Llull, caballero y místico. La espada también participaba como elemento de la liturgia cristiana durante el rito de la vela de armas. Se recogía así su sacralidad. La empuñadura simboliza la cruz, es decir, la defensa de la fe y la doctrina cristianas. La hoja con sus dos filos, el mantenimiento de la justicia y la defensa de los débiles. Alfonso X, coherente con el concepto laico-jurídico de la guerra que representaba, atribuye a la espada las cuatro virtudes cardinales: cordura, fortaleza, medida y justicia. La primera de ellas, que también significa prudencia, la sitúa en el mango; la fortaleza, que implicaba valentía y constancia, en el pomo o manzana de la espada; la medida o templanza, en el arriaz; y la justicia, en el hierro del arma.

El culto a la espada a la que se le otorgaba un origen divino y se la ligaba a un dios o a un héroe, no impidió un proceso paralelo de humanización al darle nombre y conferirle personalidad, como a *Excalibur*, la espada del rey Arturo, o *Durandarte*, la de Roldán. Por todo ello, se les atribuyeron poderes taumátúrgicos, pues algunas de ellas contenían verdaderos relicarios en sus empuñaduras, y también mágicos. En Castilla, se creía que *Lobera*, la espada del rey Fernando III *el Santo*, hacía invencible a todo aquel que la portara, y en este sentido la utilizó Fernando de Antequera contra los musulmanes en Zahara, y luego, victorioso, en solemne procesión por las calles de Sevilla hasta la catedral, la devolvió a las propias manos del rey.



En el Islam es la voluntad divina. La expresión árabe *Jihad bis saif* “lucha por la espada” significa la guerra santa para el Islam. La espada es la herramienta idónea para conseguir la paz (*es-salam*) a través de la justicia, y ésta sólo puede llegar por la sumisión a la voluntad divina. Los imanes, en su predicación sostenían una simbólica espada de madera (*jafib*) significando el poder de la palabra.

Otro ejemplo simbólico lo tenemos en el *Vexillum*, estandarte o bandera bendita. Provenía de una tradición constantiniana que identificaba al emperador como primer defensor laico de la Iglesia. Esta imagen la hicieron suya los grandes señores, fundadores de monasterios o defensores de diócesis que tenían el derecho de portar la enseña bendecida con los símbolos sagrados o la figura del santo patrón. En realidad, todo ello seguía reflejando el conflicto de intereses políticos entre el poder laico y el religioso. El papado se apropiaba con su autoridad moral de una campaña emprendida y sufragada económicamente por reyes y príncipes cristianos, lo cual proyectaba una imagen de relación vasallática inexistente que colocaba a la Iglesia a la cabeza de todo poder terrenal.

El ciclo se cierra con un nuevo repertorio hagiográfico basado en la veneración a los santos caballeros, con san Miguel a la cabeza y la caballería como sucesora y heredera del ejército celestial en la tierra. Conformaron la primitiva hueste una serie de militares imperiales que abandonaron las armas y se convirtieron al cristianismo. La mayoría de ellos eran mártires caídos en las persecuciones que se sucedieron. Se fomentó pues el culto rendido a estos santos soldados y que representaban la milicia de Dios: *militia Christi*. Pero, en una sociedad dominada por el mundo de la guerra, guiar a los ejércitos era un privilegio exclusivo de los que ostentaban el poder y portar armas significaba poseer el estatus de hombre libre. Por encima incluso del estatus jurídico, la diferencia la marcaba el propio armamento, la superioridad del armado sobre el inerme, de ahí que el culto a los santos militares implicara mucho más: significaba poner como ejemplo de comportamiento a toda una clase política. El caballero se convertía en un sacerdote de la guerra, un mártir de Cristo predispuesto al sacrificio por la redención de sus defendidos. La mayoría de estos santos adquirieron también el rango de patronos de países, ciudades o gremios, continuando así una función que formaba parte del credo caballeresco: la defensa de la cristiandad y de los desvalidos.

La psicomaquia también incorpora una tradición iconográfica laica. La encarnación del triunfo político-militar en el Imperio romano fue transmitida a través de la imagen del militar victorioso, representada por un guerrero ecuestre con un vencido entre las patas del caballo. Esta simbología del poder se relaciona con la variante romana del *adventus imperatoris*, que representa la entrada triunfal del emperador a caballo precedido por una figura femenina a pie, emblema de la victoria. En la Edad Media, la imagen del caballero triunfante fue adjudicada mayormente a Carlomagno, considerado el primer caballero histórico y el legítimo sucesor imperial de Constantino. Tal iconografía laica se interpretó también "a lo divino" al relacionarse con la *pax Dei* y la *tregua Dei*, representada con un personaje situado, esta vez, entre dos jinetes enfrentados.

Como acabamos de ver, la Iglesia presenta a los santos caballeros como un nuevo culto cuidadosamente diseñado y promovido como modelo a seguir por la nobleza de la cristiandad. Estos miembros de la *militia caelesti* tienen su jerarquía militar y siguen a sus propios caudillos; san Jorge encarna al santo caballero por excelencia y protagoniza, de igual manera, una psicomaquia de carácter ecuestre. La leyenda nos lo muestra como un tribuno oriundo de Capadocia que sufrió persecución en tiempos de Diocleciano y fue decapitado tras sobrevivir a varios martirios. Pero el episodio más popular, en medieval, es el que relata doncella de las fauces del de éste a manos del santo que, como ya hemos indicado, prefigura la victoria del Bien sobre el Mal, la vida sobre la muerte y las virtudes sobre los vicios: la ancestral lucha del alma.

Por último, diremos que la variante de esta iconografía hagiográfica, psicomáquica y caballeresca en la



la iconografía el rescate de la dragón y la muerte



cruzada occidental, es decir, en la Reconquista castellana, la representa la figura de Santiago, patrón de la caballería hispana. Su predicación en la Península Ibérica aparece mencionada desde mediados del siglo VII en un breviario de origen griego, el *Breviarum apostolorum*. Aunque se demostró su carácter apócrifo, este breviario y su noticia jacobea tuvieron más eco en el resto de Europa que en España. La campaña político-religiosa que adjudica la protección tanto militar como espiritual al santo se inicia desde los comienzos de la Reconquista (finales del siglo VIII y principios del IX), cuando el beato de Liébana, en su himno lo introduce en la liturgia del culto a Santiago, lo cual implicaba la vinculación sentimental del santo con la débil monarquía astur-leonesa.

BIBLIOGRAFÍA

Balasch Blanch, Enric: *Órdenes Militares de España*. Susaeta Ediciones. Madrid

Fernández Conde, Francisco Javier: *La religiosidad medieval en España. I. Alta Edad Media (s. VII-X)*. Universidad de Oviedo. 2000.

Hamidullah, Muhammad: *Los símbolos en el Islam*. Asociación Musulmana en España. 1990.

Hermoso de Mendoza, Javier: *Crismones*. Estella 2004.

Le Goff, Jacques: *La Civilisation de l'Occident Medieval*. París 1984.

López Lacárcel, José María: *La importancia del elemento simbólico en la educación no formal*. En Vª Jornadas Universitarias de Pedagogía Scout. Universidad de Valencia 2009.

Mahoma: *El Corán*. Traducción de J. Vernet. Plaza y Janes. Barcelona 2001.

Monferrer Salas, Juan Pedro: *Kitáb waf al-Firdaw* (Libro de la descripción del Paraíso) Madrid 2005.

Morales Muñiz, María Dolores-Carmen: *El simbolismo animal en la cultura medieval*. Biblioteca Gonzalo de Berceo. 1996.

Padre José Miguel Petisco (traductor): *La Santa Biblia*. Editores Alfredo Ortells. Madrid 1998.

San Agustín de Hipona: *De civitate Dei*. Biblioteca de Autores Cristianos. 2010.

Shepherd, Rowena y Rupert: *1000 Símbolos. Lo que significan las formas en el arte y el mito*. Barcelona 2003.

Silva Santa-Cruz, Noelia: *El Paraíso en el Islam*. Universidad Complutense. Madrid 2011.

Vallejo Naranjo, Carmen: *Lo caballeresco en la iconografía cristiana medieval*. México 2008.